

Calligraphy and seal in the top left corner.

Sinuosidades del Lemán

Gabriela Aguilera



SI EN EL AUTOBÚS URBANO ME ESPERARA un asiento libre en la última fila, en las plazas elevadas a las que se llega mediante unos cuantos escalones, me sentaría ahí con gusto a mirar a los pasajeros. Podría así verlos de frente, sin temer una tortícolis o arriesgar una postura demasiado obvia que los alertara. Me sentaría muy quieto, con los audífonos a la vista, si bien en modo *off*, y el teléfono listo en la mano para simular una llamada oportuna en caso de sospecha, porque a la mayoría le parece inofensiva la mirada de quien está ocupado en una conversación lejana, con la vista perdida, no en sus rostros e imperfecciones, sino posada en un punto indistinto que puede ser el zapato de uno, la mochila del otro, los pelos que sobresalen por la nariz de éste, o el maquillaje derretido de aquella.

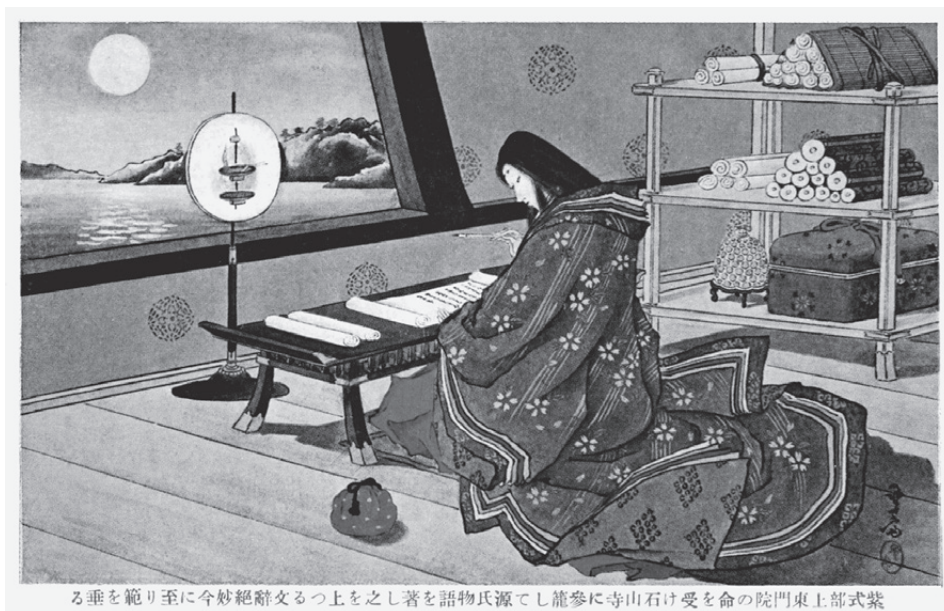
Pongamos por caso que se trata de los pasajeros del autobús urbano 701 que va de Bourdonette a Echichens. Para llegar al punto privilegiado de observación, muy probablemente tendría que importunar al adolescente que habría subido en la parada anterior y se habría instalado cómodamente en las tres plazas elevadas del fondo. Para cederme el paso, de mala gana, el joven tendría primero que bajar los pies, encoger las piernas, girar sobre uno de los asientos y retirar la patineta que obstruiría el escalón de acceso. El chico no efectuaría ninguna de estas acciones con prontitud ni elegancia, sino que dejaría en todo momento muy claro que está molesto, que preferiría viajar él solo en el autobús, que preferiría incluso conducirlo, en un arrebató hormonal de preadulto malcriado, y llevarnos a todos al infierno, como un Freddy Krugger en posesión del transporte escolar, con tal de no ceder las plazas codiciadas. Pese a todo, el chico terminaría por emitir algún gruñido y dejarme pasar. Y yo, con una fórmula muy estudiada, me disculparía por la molestia pero al mismo tiempo me regocijaría, sin reparos, por un triunfo tan banal como el primer puesto del torneo de ajedrez colegial, en la categoría *junior*.

Una vez instalado en ese lugar ventajoso del autobús urbano, primero me dejaría arrullar por el vaivén que resultaría de la mala adherencia de las llantas y el pavimento, sobre todo en las curvas, cuyo trazado imitaría las caprichosas sinuosidades del Lemán, a la altura de Venoge Sud. El movimiento pendular de mi cabeza sería tan suave y rítmico que por poco y me olvidaría de mirar a los pasajeros, en esa temprana hora de la tarde, cuando el sol invade el autobús por la izquierda y obliga a más de uno a sacar las gafas oscuras. Sin embargo, la más mínima interrupción del vaivén me recordaría que no hay mejor entretenimiento que el de imaginar las

vidas de los pasajeros. Si mi carácter fuera menos introvertido, me acercaría a la dama que lleva un cochecito para la compra, de conocida marca y elegante diseño, y le preguntaría a ella, muy guapa a pesar de sus años, si no le molestaría mi compañía en el asiento plegable a su lado. Ella, tan educada, me invitaría a sentarme enseguida, antes de que el conductor realizara un movimiento brusco al frenar en la parada de Pierraz-Mur. Yo, en agradecimiento, le dedicaría una ligera inclinación de cabeza, como si llevara un sombrero tipo Chaplin. Creo que a ella le gustaría el gesto y se sentiría obligada a corresponder con apenas un esbozo de sonrisa, lo cual me animaría a hablarle de lo buenas que serán las uvas de esta cosecha, visto el calor que ha hecho los últimos días, y el sol implacable que nos ha dejado a todos tan bronceados como a Cristiano Ronaldo, pero ella no sabría muy bien quién es este personaje, entonces yo le tendría que hablar de Portugal y de los fados, de una extraña forma de vida y de Amalia. Ella fingiría estar interesada, me diría que nunca ha visitado ese país pero que tiene un vecino portugués, llegado en los setenta, que le parece muy *sympathique* mas irremediablemente triste. Debe ser la saudade, yo le explicaría, y ya de paso le diría, por ejemplo, que soy medio portugués y medio angoleño. Le contaría que en una ocasión compartí un vuelo de la TAP con Cesaria, sí, sí, mi lejana tía Cesaria, la cantante, y no, no, ella no era angoleña pero es que mi abuela, antes de irse a Angola, vivía en Cabo Verde, eso es. La dama muy bien educada parecería confundida, sobre todo porque, embelesada con mi conversación, se habría olvidado de bajar en Parc de Vertou, ¡ay qué pena!, yo me incorporaría al instante y rogaría al conductor, voz en cuello, detener el autobús urbano. La dama, un poco turbada por ese incordio, haría un intento por asir con una mano el carrito de la compra, de diseño innovador, y con la otra intentaría

aferrarse del pasamanos sin conseguirlo, de lo cual se desprendería que, al frenar en la parada de Blancherie, la bella dama saldría propulsada con inusitada fuerza hacia mis brazos. No tema usted, le diría yo como todo un dandi en ese momento, y la ayudaría a descender del vehículo junto con su carrito. Medio ofuscada, ella se olvidaría de decirme adiós, *au revoir*, y yo, desolado, buscaría consolarme en otros brazos.

Un vistazo veloz por el autobús urbano me revelaría quizá a una lectora que, de tan ensimismada en su libro, habría que ir a pescar desde el fondo de las páginas. Yo reconocería de inmediato a ese tipo de animal salvaje, el lector de transporte público, por su desprecio del mundo real. Ninguna de las curvas le haría perderse un capítulo, ni los frenazos repentinos o los molestos pasajeros amontonados casi encima de su cabeza lo distraerían de su lectura. Esa lectora ensimismada no se habría enterado del episodio de la dama educada y su carrito, ni sabría, si la tomaran por sorpresa, en qué día vivimos. Tampoco, sospecho, sabría quien es Cristiano Ronaldo, o por lo menos lo negaría. Sigilosamente me sentaría a su lado y cometería el peor pecado posible contra un lector, trataría de leer su libro de reojo y ella lo notaría, celosa de su esfera privada. Con un movimiento casi imperceptible, apartaría el libro hacia sí y dejaría caer el pelo como una cortina protectora, pero no lo suficientemente rápido, pues yo vería que es la traducción de un libro japonés. Es más, con una sola ojeada yo sabría que está leyendo las aventuras eróticas del príncipe Genji. Quizá por eso ella habría apartado el libro de mi vista, por pudor o por simple vergüenza, pero yo, imperturbable, le hablaría de mis conocimientos sobre Murasaki Shikibu. Le confesaría que yo también soy un admirador de los *Monogatari*, me sonrojaría un poco y, para lograr un mayor efecto, bajaría los ojos y escondería una sonrisa



Murasaki Shikibu escribiendo *La historia de Genji* en el Templo de Ishiyama. (Imagen: Culture Club / Getty Images)

con el abanico simulado de mi mano, a la manera de las Geisha. La lectora no sabría muy bien cómo reaccionar, no sabría si soy un desequilibrado peligroso o si ha encontrado a su alma gemela, a otro lector de *Monogatari* que viaja en autobús. Por un segundo yo vería en sus ojos cansados el anhelo de contármelo todo sobre su vida y sus lecturas de transporte público, pero el príncipe Genji la reclamaría y ella simplemente devolvería la mirada, obediente, a las letras impresas. Yo arremetería sin piedad porque para entonces el autobús urbano estaría por llegar a la Poste y mis intentos por conocer a la lectora habrían fracasado. Sería ese el momento de arriesgarlo todo y de usar la artillería pesada para llamar su atención. Debes elegir, le diría, o Genji o yo. La lectora tardaría unos segundos en reaccionar, sus sentidos la confundirían, se preguntaría si ha oído bien o si acaso lo ha soñado todo. Consideraría sus opciones, contemplaría por un lado al guapo pero evasivo Genji, vestido de albornoz con estampado floral, y luego me vería a mí, poca cosa, lo sé, pero sentado en carne y hueso a su lado. Los segundos se escurrirían, la parada de Morges-Gare estaría a la vista y ahí se acabaría la promesa de nuestro idilio. Todo dependería de ella en esos últimos instantes. Sabes, me diría, siempre nos quedará París. Enigmática, la lectora descendería del autobús urbano, como un ninja entrenado en las cortes del período Heian, y se montaría veloz en el autobús 703 que vendría justo detrás. Yo tendría que admitir, por más doloroso que fuera, que Genji me habría vencido; pero, a diferencia de él, a mí me quedarían todavía el trayecto de vuelta al día siguiente, y muchos otros más, para buscar y encontrar a mi lectora, y para volverla a perder, cuantas veces fuera necesario.

Entonces, el autobús urbano 701 llegaría por fin a Echichens. Yo sería el único pasajero en descender del vehículo. Y quién sabría decirme, el día de mañana, si me tocaría ser una profesora a punto de jubilarse, o un dentista que huye de un pasado oscuro, o un perro que guía a su amo para que no se pierda entre las sinuosidades de la costa del Lemán. 